

Sentido de la historia para el siglo XXI

Francisco Prieto

A principios de agosto de 2014, en la localidad lombarda de Passo del Tonale, el escritor mexicano Francisco Prieto participó en el simposio Tonalestate con una reflexión sobre la contemporaneidad y los retos que para el individuo —su inteligencia y su vida emocional— supone en la globalización y el intento de eliminación de las diferencias culturales a que dan pie los medios de comunicación.

El valor mayor de un hombre, de una mujer se alcanza cuando da sentido a lo vivido y se autodetermina en un proyecto de vida. Los seres humanos, libres, actualizan ese potencial de autodeterminación o consienten con lo que han hecho de ellos su entorno próximo y, también, la sociedad en que se han desarrollado. Las sociedades son el escenario de proyectos en pugna; proyectos en que seres humanos singulares se han comprometido dando prioridad a lo que les une sobre lo que les separa. Es el despliegue de libertades comprometidas lo que marca la diferencia entre la humanidad primitiva y la que marcó la diferencia radical con la vida animal. La vida propiamente humana es la que se centra en la conciencia moral, en el cultivo de la interioridad y la preservación de la diferencia. Cuántos siglos tuvieron que pasar para que los hombres y las mujeres dijeran yo, dijeran tú, fueran conscientes de que el nosotros es algo para construir desde la amistad.

¿Una nueva teoría de interpretación de la historia? No sería necesario. Hace ya un buen número de años, en 1961, un profesor de origen británico que enseñaba en Estados Unidos, en la Universidad de Duke, Alban G. Widgery, publicó en Londres una obra de investigación importantísima: *Interpretations of History*. En ella nos va mostrando cómo fue leído el proceso histórico en las culturas china e hindú; en la escritura hebrea, cristiana, islámica; en Grecia, Roma, Persia, hasta llegar a Europa, donde a partir del Renacimiento se abre un abanico que, en un primer acercamiento, parecería concluir en el optimismo hegeliano o el pesimismo del profesor Spengler. Un final glorioso del peregrinar de los hombres o un retorno al tiempo circular sólo que desde la penosa situación de la inexistencia de un pueblo aún virgen, lleno de energía, capaz de reiniciar el proceso; el, por otra parte, terrible proceso del sometimiento de uno o varios pueblos, o de toda una humanidad para vol-



Josep Grau-Garriga, *El poder*, 1999



Josep Grau-Garriga, *Pesadilla*, 1999

ver a empezar. El optimismo hegeliano conocería su extensión en el historicismo marxista y el evolucionismo de, por ejemplo, Teilhard de Chardin. Spengler nos plantea frente al Apocalipsis, el fuego devorador de Heráclito. En rigor, se habrían dado en la historia de la humanidad tres modos últimos de plantearse la temporalidad, desde una perspectiva cíclica, desde una lineal y, en tercer lugar, y esta más bien propia de la modernidad, desde una espiral o un cono. Si la dialéctica hegeliana en el fin de la historia termina en la linealidad del progreso propio de positivistas y empiristas, en el marxismo, a partir de la sociedad sin clases y la dictadura del proletariado, se arrastraría una espiral que acabaría conduciendo al fin de las contradicciones y el advenimiento del reino de la libertad hasta hermanarse con el absolutismo de Hegel. Por lo que toca al neoevolucionismo cristiano de Teilhard nos reencontramos con un movimiento cónico que remite al mesianismo hebreo: la aparición de Jesús, el Mesías, imprime una dinámica cristocéntrica al movimiento histórico que al llegar al punto omega redondea la figura de un cono al establecerse el presente perpetuo del reino de Dios: el fin remite, así, al principio. En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios.

En México, y creo que, en general, en Iberoamérica, no hemos tenido grandes constructores de teorías de la historia. Hubo, sin embargo, un escritor, un educador, un político que desarrolló una concepción audaz para su tiempo, José Vasconcelos. En efecto, Vasconcelos, que sigue la tradición típica de las interpretaciones de la historia en el sentido de un agotamiento que sigue, fatalmente, al esplendor, verá en Iberoamérica el nacimiento y el desarrollo de la que llama la raza cósmica, esa que es el producto del mestizaje entre todas las razas y

los hombres y mujeres de todos los continentes: al fusionarse negros, amarillos y blancos con los amerindios se alcanzaría una especie de producto superior, un salto hacia delante del ser humano que propiciaría la armonía donde antes imperaba la ruptura y se inauguraría, así, un nuevo orden en el mundo, el orden estético. La nueva civilización se desarrollaría en los trópicos gracias a las tecnologías que los harían habitables. América sería el punto final del largo proceso civilizatorio.

Sobra decir que ese optimismo vasconceliano no tiene fundamento racional y lo que ha resultado irónico es que, en su dimensión biológica, esa raza cósmica parece más bien gestarse en Estados Unidos de Norteamérica, equivalentes del materialismo extremo para Vasconcelos: la producción en serie, las antípodas del orden estético cuando en tiempos de la escritura de su libro *La raza cósmica* esa nación protagonizaba un racismo extremo que ha superado en apenas cinco décadas.

Lo que nos importa hoy, sin embargo, es que a partir del fin del periodo revolucionario que se iniciara en 1789 y concluyera 200 años más tarde en 1989, con la caída del muro de Berlín, el mundo parecía haber liquidado cualquier especulación sobre el sentido de la historia, centrado en un presente que no admitía otra evolución como no fuera la de la línea de los positivistas pragmáticos. El mundo es dominado por los grandes corporativos financieros, industriales y de servicios, el capital no tiene el rostro de una nación en particular aunque Estados Unidos y China sean las dos mayores potencias económicas. Junto a esta realidad, asistimos a un progresivo desdibujamiento de la religiosidad, a la disolución progresiva de las sociedades rurales y semi-rurales, a un ateísmo militante y en expansión por vez

primera en la historia, a la entronización de un ideal individualista aunque, en rigor, los individuos o las personas radicalmente diferenciadas desaparecen... Como reacción, el nihilismo y la necrofilia van de la mano con un resurgimiento del terrorismo, una de cuyas facetas es la de la resistencia a la homogeneización si pensamos en los movimientos islámicos. La planetización ha traído como consecuencia el fin, o casi, de las literaturas y las cinematografías y tradiciones plásticas y musicales nacionales y ello testimonia la generalización de la anomia o falta de señales sólidas de identidad a lo que suele suceder el aumento progresivo de estados depresivos, el consumo cada vez mayor de estupefacientes, el suicidio que se multiplica y alcanza a los jóvenes y también a los niños. El hedonismo se interioriza en la criatura humana y el mercado se ha vuelto el árbitro supremo en lo que atañe a la industria editorial, la conformación de los estudios universitarios, las actividades de recreación.

Pero hubo dos pensadores que observaron tendencias en el movimiento histórico que, a juicio mío, tienen una particular relevancia en este siglo XXI. Si en su reflexión sobre Abraham, Raïssa Maritain habla de un corte en la historia de los seres humanos, digamos, una entronización de la conciencia, o sea, la ruptura con la animalidad, en su *Filosofía de la Historia* Jacques Maritain plantea que junto con el avance cualitativo del bien se registra un ahondamiento en el mal. Y cuando escribió ese libro se estaba muy lejos, no obstante la creación de la Organización de las Naciones Unidas, del peso que hoy tienen los derechos humanos. Si es cierto que la Segunda Guerra Mundial con los campos de exterminio de los nazis hizo que muchos hombres perdieran la fe o si, creyentes, imprecaran a Dios por dejar hacer, dejar pasar, el hecho es que se dieron numerosos testimonios de santidad y sirvió para que se enriqueciera la voluntad de decir no a la guerra y se buscara, con la creación de la ONU, facilitar las vías de encuentro entre todos los pueblos. Después de la Segunda Guerra Mundial se irán sucediendo las victorias de las guerras anticoloniales, la concienciación de la condena al colonialismo y fuimos testigos de cómo Gran Bretaña se retira de la India reconociendo la grandeza de Gandhi que gana, sin un disparo, mediante la resistencia pacífica, el reconocimiento de la independencia de esa nación. Y Gandhi y sus discípulos, cuando el Mahatma es asesinado, no darán lugar a un caudillo, un dictador, sino que fundan un nuevo Estado con un congreso representativo, es decir, una democracia. Esto es especialmente relevante en un Estado con tantísimas lenguas, religiones y etnias.

No se trata ahora de enumerar las múltiples guerras que se dieron después de la Segunda Guerra Mundial, los exterminios en los inmensos campos de concentración de la Unión Soviética, los sanguinarios líderes atri-

canos, los horrores que siguieron al llamado gran salto hacia delante de Mao, los crímenes de las dictaduras argentina y chilena, el régimen policiaco de Castro en Cuba donde en cada barrio de cada ciudad el llamado comité de defensa de la revolución controla todos los movimientos de todos los ciudadanos, las barbaridades del Apartheid sudafricano antes del pacto De Klerk-Mandela, sino de percatarnos de que todo eso ha concluido en una condenación de la guerra por parte del ciudadano medio, ha acabado por permear las conciencias y concluido en un rechazo generalizado a la violencia. Más allá de una toma de partido, la mayoría de los hombres y de las mujeres de nuestro aquí y ahora rechazan todas esas formas de depredación del hombre sobre el hombre. ¿Quién que no sea un perturbado se atrevería a proclamarse, triunfalmente, racista?, ¿a proclamar la superioridad de una etnia sobre otra, de los hombres sobre las mujeres?, ¿a pedir la expulsión masiva de emigrantes de las naciones del primer mundo, la segrega-



Josep Grau-Garriga, *Devoción popular*, 1994

ción de homosexuales y lesbianas?, ¿qué católico alzaría la voz para pedir a la Iglesia que silencie la pederastia de algunos de sus ministros, a protestar porque estos sean entregados al orden civil y suspendidos *a divinis* en sus funciones? Que pueda haber un grado considerable de hipocresía en no pocos de los que consienten no cambia el hecho de que no demasiados años atrás se habrían podido enorgullecer de pensar de esa manera, haberlo proclamado sin el más mínimo pudor, sin procurar, siquiera, alguna justificación. Un avance importante, un ahondamiento en la conciencia moral es un hecho social. Baste con recordar los escritos políticos de Platón y aun de Aristóteles, su justificación de los esclavos, su actitud respecto a las personas con discapacidades físicas e intelectuales; baste leer la *Biblia* hebrea y, frente a las revelaciones luminosas de algunos de los profetas, constatar el exterminio sistemático de los enemigos inspirado por el mismo Jehová.

Ahora bien, escribí hace un momento que esta presencia protagónica de los derechos humanos en nuestro mundo es un hecho social, o sea, colectivo, y sería en esto, precisamente, donde radicaría el peligro. Lo auténticamente humano es lo que cada quien hace con conciencia plena, lo que sigue a una deliberación que cues-

tiona los usos sociales que se le han impuesto, lo que le han hecho pensar, creer y hasta sentir los demás disfrutando incluso sus verdaderos sentimientos, ocultándolos, deformándolos. Ser persona es ser dueño de sus actos, ser consciente de que uno ha desarrollado no cualquier quehacer sino su auténtico quehacer. Y en nuestro tiempo, y desde hace ya demasiados años, en parte debido a los medios de comunicación colectiva pero también al debilitamiento de los sistemas de ideas y de creencias, los seres humanos dejan, incluso, de plantearse y replantearse sus problemas, de avanzar juntos en la construcción del conocimiento. Digo esto porque siempre quienes viven su vida desde sí mismos han sido una minoría. Lo grave hoy es que no se posee un repertorio de ideas claras y distintas sobre las creencias desde las cuales se vive para pensar por sí mismo. Al carecer de estructura mental coherente, el hombre y la mujer de nuestro tiempo semejan lo que sería un cuerpo sin esqueleto. La misma tecnología dominante, mediante Internet, los lleva a la libre asociación, al debilitamiento del intelecto, a la dispersión. Si, como dijo Pascal a Dios, te busqué porque ya te había encontrado, ¿cuál puede ser la bondad de Internet si quien explora no parte de una cultura general, de una estructura mental, si no sabe, en rigor, qué quiere y qué verdaderamente necesita?

Volvamos a la historia, concretamente al planteamiento de los Maritain: sí —como hemos visto— se ha avanzado en lo que toca a la conciencia de los derechos humanos, se ha dejado de ver la guerra como algo necesario, se ha cobrado conciencia de que los hombres y las mujeres somos iguales en dignidad y en que los Estados tienen que garantizar habitación, alimentos, salud, educación, vías para el ocio. Aunque se esté muy lejos de que eso sea realidad en la inmensa mayoría de las naciones, es una exigencia de la población y llena el discurso político. Lo que está escrito de algún modo compromete, queda como una tarea que se tiene que realizar. Pero si aquí certificamos un avance en la conciencia moral, un real ahondamiento en la misma, enumeremos algunos otros hechos que testimonian el avance del mal:

1. El tráfico de órganos con el asesinato sistemático de infantes para la venta a los poderosos.
2. El turismo sexual con la trata de adolescentes y aun de niños que le acompaña.
3. La propagación de una cultura de la muerte con la concienciación, sin mayor ejercicio crítico, de que la mujer es dueña de su cuerpo y que el aborto es un derecho; la no distinción entre aceptar la muerte y no luchar contra ella cuando el cuerpo y el alma la han asumido y la eutanasia o suicidio asistido por la simple razón de que no se tendrá ya la calidad de vida anterior a la enfermedad, sin tomar en cuenta a los prójimos para quien el enfermo es una persona amada.



Josep Grau-Garriga, *Anjou*, 1995

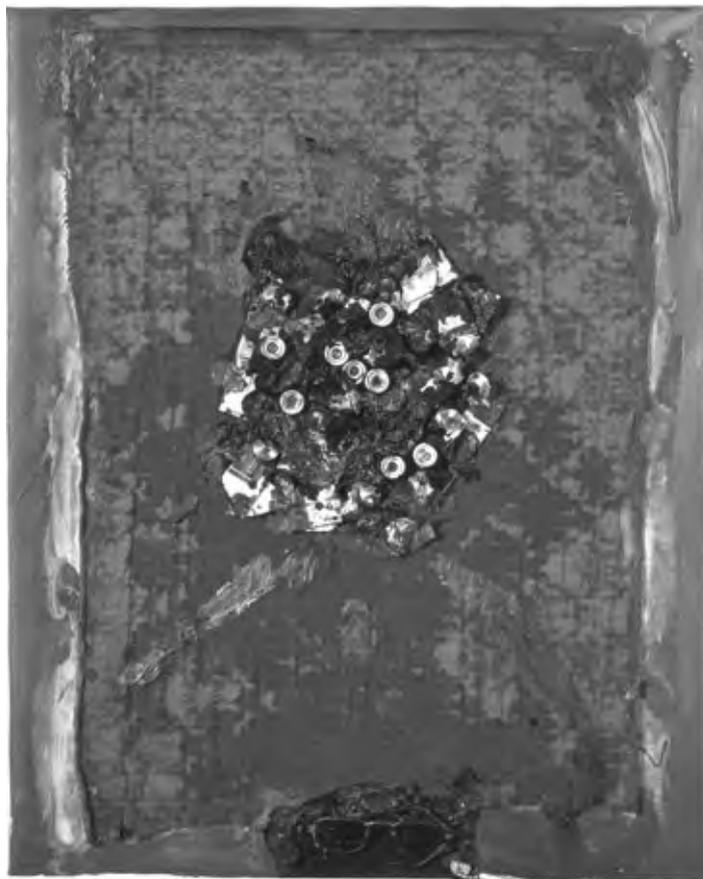
4. El incremento de la corrupción sin distinción de nación ni de condición social. Un mundo dividido en ganadores y perdedores que hace caer sobre la mayoría el peso del fracaso y de la impotencia, dicho de otro modo, sociedades construidas ajenas a la caridad y, por lo tanto, al ideal de la fraternidad. Se predicán la igualdad y la solidaridad al tiempo que aumenta el abismo entre los que tienen demasiado y los que cada vez tienen menos. (Se habla en muchas naciones de salarios mínimos pero en ninguna, no importa el encuadre ideológico, de salarios máximos). El discurso es negado, sistemáticamente, por la realidad, lo que conduce a conductas esquizofrénicas.

5. La aparición del angelismo: el castigo no sucede al crimen, no hay por qué asumir culpas, todo lo que acaba por despojar de densidad a la vida de los seres humanos.

6. La aparición del movimiento animalista. (Si el buen trato a los animales es virtuoso y se debe fomentar, equiparar al ser humano con el animal es una barbaridad. Como nos enseñó Ortega y Gasset, un tigre es siempre el primer tigre, pero cada hombre carga el peso de la historia y es un artífice potencial del cambio. En efecto, pasaron miles de años para que el homínido se asumiera como hombre, o sea, como ser libre, generara la vida interior y la conciencia moral, a través del arte simbolizara necesidades espirituales, descubriera el pudor y que la sexualidad no obedecía a una simple necesidad biológica y reproductiva, dando lugar al erotismo o poesía del amor). El animalismo se ha vuelto un fundamentalismo y como todo fundamentalismo es discriminatorio: no se trata de ser vegetariano ni aun vegano porque a uno le va mejor o, simplemente, le gusta más, se trata de que todos lo sean; adiós corridas de toros, adiós animales en los circos, sin saber qué son las corridas de toros ni distinguir el trato que cada circo dé a los animales...

7. La vivencia de la religión como una vía hedonista, para aplacar el dolor, enfocada al bienestar, lo que libera de todo compromiso, de toda necesidad de profundización en lo relativo a la búsqueda de la verdad y de las verdades sustentantes.

8. El no reconocimiento de límites en la búsqueda del placer como sentido mismo de la existencia. He aquí un asunto que nos llevaría a reflexionar, pero no es este el momento, sobre la pareja homosexual o lesbica que no puede tener hijos pero que no acepta la limitación y busca un vientre de alquiler; los matrimonios que deciden no procrear, o que lo hacen en el límite mismo de la posibilidad física —niños que perderán la convivencia con abuelos aun activos y deseosos de transmitirles alegrías, conocimientos, etcétera—; matrimonios que viven cada quien en su casa como para exorcizar rutinas y obligaciones, para no padecer al otro en sus malos momentos, todo lo que sería decisivo en la construcción del amor. Se trata, en todo caso, de vivir como si fuera



Josep Grau-Garriga, *Rosetón personal*, 1999

posible prescindir del sacrificio, a menudo de la renuncia y de la abnegación. Entonces, ¿cómo asumir, por ejemplo, la llegada de un hijo o una hija con una discapacidad fuerte, sea física, sea intelectual o ambas?

9. El imperio del mercado, pues si no hay verdades trascendentales es el reino del costo-beneficio en el corto plazo. Se impone lo que gusta al mayor número y que implica el menor esfuerzo posible. Es la degradación del arte y de la educación.

Entonces comprobamos que, en efecto, hay un progreso en la conciencia moral y un incremento en la intensidad del mal; una ruptura en el interior mismo de cada hombre y de cada mujer. En la antesala de lo que sería la construcción final del Reino de la Libertad nos topamos con la construcción del infierno. Y aquí es bueno evocar a Cioran:

“Mientras se creía en el Diablo, todo lo que ocurría era inteligible y claro; desde que no se cree en él es necesario, a propósito de cada acontecimiento, buscar una explicación nueva, tan elaborada como arbitraria, que atraiga a todo el mundo pero que no satisface a nadie”.

Creo que la paradoja revelada por Jacques Maritain nos muestra que la historia hoy se encuentra ante una encrucijada: o progresamos en el bien o nos empantanamos en el mal. Pero mover las voluntades de los hombres exigiría afirmar valores trascendentales que den sentido al sacrificio y la entrega. Y el problema es que, como expresó un personaje de Dostoievski, si Dios no existe todo está permitido. Como dijo san Agustín, y esto

es un consuelo y una esperanza, en el interior del hombre —de todo hombre, añadido yo— habita la verdad. ¿Cómo, entonces, salvar a los hombres de la alienación, devolverlos a la vida interior y a la poesía?

¿Qué nos depara el porvenir?

En sus *Cuadernos desde la cárcel*, Antonio Gramsci escribió que los comunistas debían luchar por hacer en el mundo contemporáneo lo que instauró el cristianismo en la historia, o sea, que el más culto de los teólogos sirviera las mismas verdades trascendentales que el más humilde de los labriegos, que ambos creyeran en los mismos principios, en las mismas verdades. Y a fe mía que un mundo así imprime en la mayoría de los seres humanos una confianza básica, una alegría de vivir. Hoy en día, sin embargo, constatamos dos actitudes ante el devenir histórico:

Por un lado, los neocartesianos que, a la manera de Foucault, acaso el más brillante, van desmontando las diversas estructuras que han asegurado el orden social, han institucionalizado la represión en todos los campos. Las explicaciones dan cuenta de la sinrazón. Lo que no ofrecen, empero, son razones para vivir. Por otro lado, los que han desesperado de la verdad, de valores trascendentales a todos los seres humanos y, de un modo individualista o grupal, se refugian en saberes de salvación —yoga, reiki, el camino del zen...— que no llevan a un ejercicio intelectual riguroso, que funcionan como vías de escape. En el fondo esas rutas obedecen a haber desesperado de hallar una verdad común a todos los hombres que dé razón de nuestro paso por la Tierra. El hombre se asume dividido en existencia racional y existencia emocional sin que haya vínculos entre una y otra. Por otro lado, la alegría que inaugura el cristianismo y que se finca en vencer a la muerte, y que como Jesús fue resucitado así los seremos nosotros, que dio lugar al ejercicio prioritario de la fraternidad, a la alegría sin límites de que se ha derrotado a la muerte, que ninguna despedida de los que hemos amado y nos han amado será definitiva, esa que da un sentido a la historia personal y colectiva es la que se va perdiendo en la medida en que el cristianismo va cediendo a un racionalismo desligado de la existencia concreta. Es la fe la que genera la esperanza y esta la que, por el ejercicio de la caridad, va haciendo una segunda naturaleza en el cristiano. Toda la obra de entrega y sacrificio por el prójimo de los cristianos mayores —como Francisco de Asís, Vicente de Paúl, Louise de Marillac, Teresa de Calcuta— y el testimonio de quienes dedicaron su vida a la plegaria por los otros, de la que Teresa de Ávila y Catherine Labouré son ejemplos magníficos con un sinnúmero de descendientes en el mundo contemporáneo, se fincan en esa alegría fundamental que se plasma en la Encarnación y la Resurrección. Ese testimonio es el que iguala al intelectual con el hombre y la mujer más humildes que, con

frecuencia, son a los que ha sido revelado el mensaje salvífico de una manera más directa y que generosamente lo han acogido en sus corazones sin reservas intelectuales: “dichosos aquellos que sin haber visto han creído”. Como esa vía revela la felicidad, la única felicidad posible sobre la Tierra que se refleja en el don de acogimiento, es por lo que hoy, como en el siglo primero, en ella se finca el redescubrimiento del sentido de la historia. El papa Francisco habla una y otra vez de alegría y misericordia y sólo desde la misericordia se descubre, paradójicamente, la dicha, se marca la diferencia con los saberes simples de salvación y evasión, se es capaz de amar al diferente y no juzgarlo sino antes, al contrario, vivir abiertos a lo que esas otras experiencias aportan a nuestra existencia. Reconstruir un sentido para la historia sólo puede darse desde una radical apertura al otro por más diferente que este pudiera ser. Y esto será entrar por la puerta estrecha que, como escribió Mateo, es por donde el hombre nuevo tendría que esforzarse por entrar. Cuando se le pidió que hablase sobre los homosexuales, Francisco, simplemente, dijo: ¿quién soy yo para juzgar? Ver la paja en el propio ojo y no pronunciarse sobre la paja en el ojo ajeno. En esto como en el beso al leproso es como, en estos tiempos de las conciencias cansadas, será posible encontrar de nuevo un sentido vital para la historia.

Un excelente novelista japonés contemporáneo, Kenzaburo Oé, ha construido una obra poderosa y cruda centrada en la experiencia poética de la construcción de la fraternidad desde las diferencias. He ahí algo a lo que invitan las obras más poderosas del arte contemporáneo y que constituyen, acaso, una luz que conduzca a dar un viraje radical a la historia. Ahondar y avanzar en la globalización pero no desde la anulación de las diferencias sino a partir de ellas; he ahí, pienso, la dimensión histórica que exigen los tiempos actuales. Fomentarle al interior de cada nación llevará, pienso, a que germine a nivel planetario. Y si el arte lleva a alcanzar lo universal desde el singular, será la vía real para alcanzar un nivel superior en la conciencia de los seres humanos. Los grandes frescos murales de muchos de los más hermosos templos de México, por ejemplo, significaron el encuentro en profundidad de las mitologías nativas con las europeas, como María de Guadalupe no significó la negación de la madre Tonantzin de los mexicanos sino que ésta se mantuvo viva en ella. Pero esta nueva dinámica histórica exigiría una reforma radical en la educación que lleve a los niños y a los jóvenes a encontrar al otro desde el ahondamiento en sí; percatarse de que el otro es un a priori del yo y de que la construcción de la nostridad sólo puede darse desde un yo y un tú, desde un nosotros y un vosotros. Combatir, por tanto, lo que exige el dominio avasallador del mercado —que es emparejar desde lo más superfluo— es el único camino para reencontrar el sentido dinámico de la historia.